

FUNE ANIVERSARIO

El edificio de la O. N. U., en la isla de Manhattan, donde reside el parlamento del mundo. Las esperanzas que se pusieron en la organización no han sido totalmente frustradas. El espíritu de la O. N. U. sirve a la Humanidad y todavía podía servir más si no pesaran sobre ella tantos intereses confesables e inconfesables.



LA ONU CUMPLE VEINTE AÑOS

NACIDA MAL, SE DEBATE POR SOBREVIVIR

SUS ERRORES Y
SUS INJUSTICIAS
NO SON SUPERIORES
A SUS VIRTUDES

Por JUAN ALDEBARAN

A las seis de la mañana del 26 de junio de 1945, en la ciudad de San Francisco, doscientos delegados que representaban cincuenta y un países del mundo que aún luchaban contra los últimos residuos del nazismo comenzaron una ceremonia que se proclamaba a sí misma como histórica: la firma de la Carta de las Naciones Unidas. Había sido un parto difícil, lento. Las maniobras, las trampas, las suspicacias, los compromisos de pasillo, los largos y huecos discursos, habían durado dos meses, durante los cuales los delegados y sus séquitos —casi dos mil personas— habían luchado entre sí, ante tres mil quinientos periodistas llegados de todas partes, para configurar el mundo futuro. La idea de las Naciones Unidas tenía en aquel momento cuatro años. Había nacido con la Carta del Atlántico —14 de agosto de 1941—, firmada solamente por dos naciones: la Gran Bretaña, que entonces era el único país que mantenía la lucha activa contra los nazis, y los Estados Unidos, que todavía no habían entrado en la guerra. Más tarde —1 de enero 1942— se firmó una «Declaración de las Naciones Unidas» en Washington; ya la URSS y los Estados Unidos habían entrado en la guerra, y la declaración la firmaban 26 países. El 30 de octubre de 1943, la «Declaración de Moscú» proclamaba la fundación de una asociación internacional en la que los países grandes o pequeños tuvieran iguales derechos y en la que se pudiera asegurar la paz y la seguridad **SIGUE**



Hace veinte años que el Presidente Truman pronunció el discurso inaugural de la Organización de las Naciones Unidas. Es el momento que recoge esta fotografía. A su izquierda aparece Stettinius, entonces secretario de Estado de Norteamérica.

LA ONU CUMPLE VEINTE AÑOS

del mundo. Un año más tarde, en Dumbarton Oaks, se establecieron las líneas esenciales de lo que sería esa organización; pero en febrero de 1945, en la Conferencia de Yalta entre los «cinco grandes» —China, URSS, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos—, ya ese principio esencial de la igualdad de soberanía entre países grandes y pequeños comenzó a ser negado: los poderosos decidieron el «derecho de veto», que permitía a cualquiera de ellos por sí solo bloquear cualquier decisión de la mayoría. Durante los dos meses que duró la Conferencia de San Francisco, varias naciones pequeñas trataron de oponerse a ese derecho de veto. Y, en general, a la configuración del mundo que proponían los grandes. El plan original de Dumbarton Oaks fue rectificado con mil doscientas enmiendas. A pesar de todas ellas no pudo evitarse que la Carta de las Naciones Unidas estuviese impregnada de la actualidad del momento, más que de un sentido histórico futuro, de un esquema del mundo por venir. La actualidad del momento era simplemente la escisión de los dos grandes aliados, de los dos grandes vencedores de la guerra, los Estados Unidos y la URSS, que había sido sin duda fomentada por el propio Hitler en los últimos momentos de la guerra —como única posibilidad de sobrevivir—, acogida con entusiasmo por Churchill —inventor de la frase del «telón de acero»—, que Roosevelt trató sin duda de evitar,

pero que su heredero, Truman, acogió con entusiasmo, porque podía garantizar la hegemonía mundial de los Estados Unidos. Con este sentido de la hegemonía americana se fundó la ONU. Establecida en territorio de Estados Unidos, con una enorme mayoría de votos pro-americanos, con el prefacio de la Carta inspirado en la Constitución de los Estados Unidos —aunque redactado por Ian Smuts, delegado de la Unión Sudafricana—, la nueva organización de las Naciones Unidas prefiguraba un mundo dirigido por los Estados Unidos. No pudo, por consiguiente, nacer con optimismo. El propio Smuts, en su discurso inaugural, decía: «Nuestra Carta no es un documento perfecto. Está lleno de compromisos para conseguir un plan de paz muy difícil y muy complicado». Truman, Presidente de los Estados Unidos, pronunció también la palabra «compromiso» en su discurso, y advirtió que «era milagroso que pudiera parecer que tenía una oportunidad de éxito». «No dejemos escapar —dijo— esta última oportunidad de establecer el reino de la razón en el mundo, y de crear una paz perdurable, con Dios como guía».

* * *

Parece, sin embargo, que esa última oportunidad se ha dejado escapar. Los discursos que se han pro-



La Comisión III de la Conferencia de San Francisco



Una reunión de las delegaciones de los «cinco grandes» —Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China— durante la conferencia de San Francisco, en 1945. Sentados al fondo están Lord Halifax, Stettinius, Gromyko y Wellington Koo, los jefes de las cinco delegaciones más importantes allí reunidos.



estuvo encargada de establecer las normas del funcionamiento del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, su órgano supremo.

nunciado ahora en la misma ciudad de San Francisco, donde la Carta nació, para conmemorar su veinte aniversario, son más oraciones fúnebres que brindis de cumpleaños. La ONU se muere técnicamente, y el mundo que preconizaba su prefacio —preservar del azote de la guerra a las generaciones futuras... Proclamar nuestra fe en los derechos fundamentales del hombre... Mantenimiento de la justicia y del respeto de las obligaciones internacionales... Favorecer el progreso social en una libertad mayor... Practicar la tolerancia, vivir en paz unos con otros... Mantener la paz y la seguridad... No hacer uso de la fuerza de las armas... Recurrir a los organismos internacionales para favorecer el progreso económico y social de todos los pueblos... aparecen ahora más utópicos que nunca. Un vago y filosófico discurso de Johnson ha tratado de explicar que los Estados Unidos son hoy los únicos gendarmes del mundo y que sus pequeñas guerras son las guerras de la civilización; un discurso del delegado soviético, Feodorenko, pronunciado en un ambiente tenso y difícil, entre aplausos y gritos de repulsa, ha acusado de agresión a los Estados Unidos en Vietnam y en Santo Domingo; pero un editorial publicado el mismo día en Pekín por el «Diario del Pueblo» ha acusado a los soviéticos de colaborar con los Estados Unidos para convertir a la ONU en un instrumento contra los pueblos revolucionarios, para llegar a una hegemonía mundial soviético-americana... Una voz grave ha situado el problema de la ONU y del mundo: la del secretario general, el birmano U Thant. «La crisis del Sudeste asiático, en Oriente Medio, en el Caribe y en otros lugares, nos hacen correr el riesgo de perder de vista la crisis más amplia que prefiguramos: esto es, la crisis de las relaciones Este-Oeste, de forma que la víctima principal de estos conflictos es el apaciguamiento «preparado y entretenido a costa de tantos esfuerzos desde hace una decena de años aproximadamente». «Había esperado que este apaciguamiento, para que tomase todo su sentido, ganara otras regiones del globo, porque la paz es indivisible. Pero hemos podido ver, y vemos aún, que la guerra fría tiene tendencia a intensificarse y también a extenderse a regiones hasta ahora relativamente a salvo». ¿Cuál es el obstáculo principal a la aplicación de la Carta? Thant contesta así: «Es el hecho ineluctable de que la noción de política de potencia juega siempre, abiertamente o no, en las relaciones internacionales; la noción de política de potencia, sea instrumento de un nacionalismo o de un extremismo ideológico, es el enemigo natural del orden internacional que preconiza la Carta de la ONU. Es al mismo tiempo un anacronismo oneroso que amenaza con llevarnos al desastre».

No es fácil asegurar, sin embargo, que la ONU, tan mal nacida, tan precariamente establecida, haya fracasado enteramente. Tiene el inconveniente, como Parlamento mundial, que tienen los parlamentos o las asambleas nacionales: que se advierten más sus defectos, su errores, sus imposibilidades, que sus utilidades. Estamos en una época en la que se aceptan mejor las decisiones autoritarias y unipersonales que las discusiones; tenemos —en el mundo entero, prácticamente— una adoración por el mito de la unanimidad de acción, y no nos preocupamos seriamente de analizar por qué coacciones, por qué maniobras, por qué ocultaciones se consigue a veces esa

unanimidad en la cual, incluso, la mayoría de los que participan lo hacen en contra de su pensamiento, privando a la colectividad de la libertad de sus opiniones y de sus expresiones. Hubo un tiempo en que se decía que «de la discusión sale la luz»; vivimos otro en que la discusión aparece como maldita, como proscrita del mundo civilizado. No se puede negar con facilidad que el áspero, el brutal diálogo de la guerra fría mantenido en la tribuna de las Naciones Unidas durante largos años entre la URSS y los Estados Unidos haya evitado otros afrontamientos de mayor envergadura y dramatismo. La ONU, agónica, casi fuera de juego hoy, no tiene fuer-

SIGUE



En el décimo aniversario de la O.N.U., pronunció un discurso ante la Asamblea el presidente de los Estados Unidos, Dwight Eisenhower. Presidía la Organización el sueco Hammarskjöld, posteriormente asesinado.

za real para contener los conflictos del mundo. Pero no es fácil saber cuáles hubieran sido los conflictos del mundo de no haber existido la ONU y si, aun considerándola nacida en el error, culpable de vicios y de injusticias, su simple existencia no ha dado un cierto orden al planeta en que vivimos.

* * *

La ONU es hoy esencialmente distinta a la que nació en San Francisco, como consecuencia de que el mundo, pese a la permanencia del antagonismo Este-Oeste —considerablemente dulcificado, sin embargo—

es también esencialmente distinto. Los 51 países fundacionales se han convertido en 114; se espera que puedan llegar a 125. Las únicas naciones que no participan en ella son los países divididos por causa de la guerra fría —las dos Alemaniás, las dos Coreas, los dos Vietnam—, Suiza por razones doctrinales de aislacionismo y neutralismo, micropaíses que no pueden considerarse como creadores de política internacional —Andorra, Liechtenstein, Mónaco...— y países que aún no han terminado su descolonización y están a la espera de la independencia. Más Indonesia, que se ha retirado por incompatibilidad con Malasia, y que es el primer país que abandona la Or-

ganización. Estas excepciones son tan escasas y tan peculiares que permiten asegurar que la ONU está a punto de alcanzar la universalidad en los veinte años de su duración. Una sola gran excepción priva a la ONU de su verdadera vocación de universalidad: la exclusión de la República Democrática de China. La gravedad de esta excepción se sitúa en la importancia de población de China, calculada hoy en unos 750 millones de habitantes: es decir, la cuarta parte de la Humanidad. No es solamente la importancia de esta masa la que hace grave su exclusión, sino también su nueva importancia política —reconocida por la mayor parte de los países del mundo, incluso por algunos de los más anticomunistas del sector occidental— y su capacidad industrial y militar creciente, que se revelan en el doble y avanzado ensayo atómico que ha realizado. Dejando aparte los posibles derechos de China a formar parte de la ONU, está lo necesario de su inclusión para ordenar los asuntos del mundo. No puede tratarse de desarme sin la participación china; no puede hablarse de paz en Asia sin dialogar con China; no pueden tratarse los problemas humanos sin conocer la opinión de una cuarta parte de los hombres y mujeres del mundo. La inclusión de China en la ONU parecía —y sigue pareciendo— como inevitable, sea cuales fueren las reservas que pueda inspirar su política.

La aparición del gran número de países africanos y asiáticos en la Asamblea General hacía presentir un voto favorable, que no podría ser evitado por los Estados Unidos. Esto nos lleva a hacer constar el peso creciente de la Asamblea General. El cambio esencial de la Organización es éste: la casi anulación del Consejo de Seguridad, desde el que los grandes ejercían su hegemonía y su diálogo abrupto entre sí, y el engrandecimiento de la Asamblea y sus atribuciones. Fue prácticamente hace ya quince años cuando comenzó el aumento de importancia de la Asamblea General, mediante la resolución llamada «Unión para el mantenimiento de la paz» —3 de noviembre de 1950— en la que se decía: «Si el Consejo de Seguridad no consigue un voto unánime, no cesa de cumplir su responsabilidad de mantener la paz y la seguridad internacional, la Asamblea examinará inmediatamente el problema a fin de hacer las recomendaciones apropiadas acerca de las medidas correctivas a tomar, incluida el uso de la fuerza armada, para mantener o restablecer la paz». Es curioso que en aquel momento fue la URSS la que se opuso —en vano, por cierto— a esta resolución, y ahora su principal enemigo es Estados Unidos. La URSS, entonces, estaba prácticamente cercada en la ONU, donde el número de votos anticomunistas era aplastante. Pero en nuestros días es el bloque afroasiático, o neutralista, el que tiene el predominio de votos en la Asamblea, y su



La O. N. U. ha cambiado mucho en los últimos años. El «tercer mundo» hizo irrupción en ella. El actual presidente de la Organización es asiático, el profesor U Thant. Triunfó con los votos de Asia y África.

solidaridad puede provocar la mayoría de dos tercios para tomar cualquier resolución. Es fácil comprender la sensibilidad de este grupo para cualquier acción que pueda ser considerada como imperialista, colonialista o neocolonialista. Con un funcionamiento normal de la Asamblea, las intervenciones armadas de los Estados Unidos en Vietnam o en Santo Domingo hubieran sido fácilmente condenadas, como hubiese sido votada la admisión de China. Si en un tiempo la ONU apareció como paralizada por la repetición del veto soviético, con el que la URSS se defendía contra la situación de minoría en que estaba situada, hoy la parálisis parece provocada por los Estados Unidos, como defensa contra la gran masa afroasiática. El sistema para esta paralización ha sido acudir al artículo 19 de la carta, que prevé que un país queda privado del derecho del voto si tiene deudas para con la ONU que sobrepasen el total de su cotización durante dos años. Dos grandes países podían ser víctimas de este artículo reclamado por los Estados Unidos: Francia y la URSS, que no quisieron participar en los gastos de intervención armada en el Congo. El Secretario General comprendió que privar de derecho de voto a dos grandes naciones fundadoras sería el final de la ONU, y se ingenió como pudo para evitar que en la última Asamblea General hubiera necesidad de votar; finalmente, decidió suspender la sesión, que no pudo hacer frente a ninguno de los grandes o pequeños problemas mundiales. De esta forma se ha llegado a una parálisis que permite a los Estados Unidos actuar libremente en el mundo sin temor a las quejas en el organismo que ella creó un día a su



Una reunión de la Comisión de Disposiciones Generales, presidida por el belga Henri Rollin, durante la conferencia en junio de 1945, de la que salió la actual Organización de las Naciones Unidas. Fue un foco de esperanzas.

LA ONU CUMPLE VEINTE AÑOS



Durante un descanso, los delegados charlan. Eran los tiempos de las reuniones preparatorias de San Francisco. La O. N. U. iba a nacer de la victoria aliada.



... ción preparatoria celebrada en San Francisco de California, que alentó al mundo sobre la coexistencia pacífica.

imagen y semejanza, y que poco a poco se le ha ido de las manos.

¿Cuánto tiempo va a durar esta situación? Es imposible preverlo. Se habla continuamente de una reforma de la ONU que rectifique sus defectos de origen. Se ha tratado de llevar su sede a un país neutral; pero la realidad es que sólo el dinero americano permite su funcionamiento. Se ha hablado de que el puesto de secretario general —que ha tomado también nueva fuerza, como consecuencia de las disensiones entre los grandes— se convierta en un triunvirato en que estén representados los comunistas, los occidentales y los neutrales; pero los Estados Unidos no han aceptado esta fórmula que les llevaría muchas veces a la minoría. Se trata también de reformar el sistema de voto, para remediar la aparente injusticia de que países minúsculos (Libia, 500.000 habitantes; Islandia, 200.000; Laos, 800.000) tengan el mismo peso que países enormes (India, 400 millones de habitantes; Estados Unidos, 200 millones de habitantes). Este es también un típico problema de acusación a los parlamentos y el sufragio universal; se ha dicho que no debe pesar lo mismo en un país el voto de un barrendero y el de un profesor de Universidad. Sin duda se trata de un sofisma, puesto que el voto del barrendero defiende sus derechos humanos igual que el voto del profesor; y la misma necesidad de defensa en la

ONU tiene Islandia que India. (A título de curiosidad puedo informar que si esta repartición de votos por habitantes se llevase a cabo, los Estados Unidos tendrían 6 votos; la URSS, 7; los países neutrales, 34; los occidentales, 26. Y si China ingresase, dispondría de 25 votos ella sola). Otras complicadas ecuaciones se han propuesto, haciendo intervenir la población, el área, la industrialización, el consumo de energía y otros factores en la cantidad de votos que cada país tendría en la Asamblea General. Todo esto son proyectos más o menos vagos. El drama de la Asamblea General es el de todos los parlamentos, repito. Cuando el poder central se ve desbordado por la mayoría, cuando la apariencia de democracia que ha querido crear se convierte en principio de democracia auténtica, el poder central paraliza como puede el Parlamento.

No hace muchos días, una carta firmada por doscientos intelectuales de Estados Unidos, radicados en Nueva York, ha pedido al representante de su país en la ONU, Adlai Stevenson —en tanto que intelectual— que dimita de su puesto como protesta al bloqueo de la ONU y a las acciones militares de los Estados Unidos. No parece que esa carta pueda tener una respuesta favorable. Pero refleja ya una preocupación grave dentro de los Estados Unidos por la parálisis de la ONU. Una parálisis que, como ha señalado U Thant, ofrece el mayor número de riesgos de guerra mundial.

J. A.